

Totalitarismo

«Cuando en marzo de 1762, un hombre nefasto, que se llamaba Juan Jacobo Rousseau, publicó el contrato Social... Así se expresa José Antonio en su discurso fundacional. No crea nadie que, esta interpretación suya es partidista. Otro hombre, también nefasto, Voltaire, escribió a Rousseau en estos términos: «Jamás se ha empleado tanto ingenio en querer convertirnos en bestias. Al leer vuestro libro se sienten deseos de andar a cuatro patas».

¡Y esta doctrina funesta en el aspecto religioso, moral, social y económico se llama liberalismo puro, origen de otros liberalismos más moderados y es a la vez padre de la democracia!

Estas reflexiones me hacía yo cuando en 3 de mayo oía al Padre Marcos contestar en el consultorio religioso de Radio Nacional a una pregunta hecha poco más o menos en estos términos: Reverendo Padre: He oído a un sacerdote español, por una radio extranjera, proclamarse en contra del totalitarismo, como me consta que, otros sacerdotes católicos, entre ellos el actual Sumo Pontífice, se han declarado igualmente en contra, le agradecería me contestara categóricamente, sí, o no, a esta pregunta: ¿Es lícito el franquismo? Soy católico y quisiera rectificar posibles errores en mi conducta.

La respuesta fué bien cumplida y al mismo tiempo el Padre Marcos, le hizo a él otra pregunta: y dígame, caballero, ¿qué entiende Vd. por totalitarismo? Y le advirtió que, la palabra franquismo no es muy corriente en España.

Por totalitario se ha entendido corrientemente al sistema de un Estado policía que todo lo absorbe, o a la negación absoluta de todo derecho en el individuo con respecto al Estado. A ese sistema de gobierno conducen las ideas

liberales de Rousseau, las panteístas de Hegel y las transformistas de Darwin.

En estos errores creyó alguien ver caída a la Falange, por eso, José Antonio, en 1933, tuvo que levantar su voz en el Parlamento para decir:

«El Sr. Gil Robles, entiende que el aspirar a un Estado integral, totalitario y unitario es divinizar al Estado, y yo le diré al Sr. Gil Robles que la divinización del Estado es cabalmente lo contrario de lo que nosotros apetecemos».

¡Cuándo terminarán esos sorudos voluntarios, que cierran sus oídos a las palabras de la Falange, y esos ciegos que cierran los ojos para no ver sus obras!

Estas reflexiones me hacía yo cuando leía en «Arriba» del 6 de mayo un artículo titulado «Humanismo falangista», en el que se habla de las observaciones hechas por el corresponsal de un periódico suizo en Estados Unidos, quien «observó como cada día decenas de jóvenes americanos son sacudidos, tundidos, cocidos, refrigerados, medio asfixiados y prensados como limones, como pasivos conejillos de Indias». Cita los sitios y experimentos a que son sometidos y dice: «Todas estas cámaras de tortura científica están dedicadas a dotar al hombre, pobre cobaya humana, de medios que le permitan adaptarse al desarrollo de máquinas incesantemente nuevas, incesantemente más veloces, incesantemente de mayor radio de acción. Cuenta Robert Jungk, que un ingeniero en jefe de una importante fábrica californiana de construcciones aeronáuticas, le decía un día en tono de queja despectiva; ¿Hasta cuándo el hombre será siempre un freno para el progreso?»

Estas y otras muchas barbaridades se dicen y cometen diaria-

mente, sin despertar escrúpulos de conciencia, y es que se dicen y hacen con mucha democracia en los países demócratas, donde hay, sobre todo, libertad, mucha libertad para pensar cada cual lo que quiera y expresarse de la manera que mejor le parezca a cada uno.

Pero no, no era esto lo que quería decir, quería terminar diciendo que la doctrina falangista no tiene ideas panteístas, ni liberales, ni absolutistas. Si José Antonio quiere un Estado integral, totalitario y unitario, es porque a España la concibe como una realidad a la que TODOS estamos obligados a servir, por eso pide un Estado que no permita «zánganos ni convidados». Un pueblo—dice José Antonio—es eso: una integridad de destino, de esfuerzo, de sacrificio y de lucha, que ha de mirarse entera y que entera avanza en la historia y entera ha de servirse».

¡A LO QUE HEMOS LLEGADO!

Según una noticia recogida de Radio Nacional, ha aparecido en un pueblo de la provincia de Córdoba la partida de nacimiento de un tal Alonso Colorado, personaje del cual se cuentan aventuras muy parecidas a las de Alonso Quijano, de donde se puede deducir que Miguel de Cervantes, para escribir su obra inmortal, lo hizo con sólo copiar dichas aventuras que él conocía por haber estado varias veces en el referido pueblo a visitar un tío suyo, que vivía en él.

¡Ahora resulta, que D. Quijote de La Mancha era, también, paisano de Manolete!

¡Qué bien sonarían en los oídos de Dulcinea del Toboso las palabritas dichas en calé!

¡De seguro que Sancho habría hecho más gracia maldiciendo al estilo andaluz!

Ciertas cosas que ocurren, no sabe uno cómo explicárselas; a este paso va a resultar que nada más que el Rucio era manchego.